
Papel estratégico y logístico de Barcelona en las redes mediterráneas de servicios secretos de la monarquía de Felipe II (1556-1598)

Séverine Valiente*

Esta comunicación tiene como objetivo definir el papel logístico y estratégico que desempeñaba la ciudad de Barcelona en las redes de espionaje establecidas por la Monarquía Hispánica en el siglo XVI para controlar el Mediterráneo oriental. Este propósito parte del convencimiento de que la ciudad catalana gozaba de una posición si no central en dichas redes, por lo menos destacable, tanto por su situación geográfica como por su importancia política –debido a su estatuto de ciudad-capital catalana–, como por la calidad de sus infraestructuras, especialmente en materia de armamento naval. Se sabe que el puerto barcelonés solía ser el primer lugar de la Península donde abordaban viajeros, mercaderes y militares a la vuelta de sus grandes expediciones por el Mediterráneo. Partimos del supuesto de que algo similar ocurría con los agentes que servían a la Monarquía Hispánica en cuestiones de inteligencia. El problema estriba, sin embargo, en la dificultad de demostrar el paso por el puerto catalán de esos individuos, que se movían en el marco de una actividad secreta; lo normal era que no dejaran constancia de su presencia. Nuestro trabajo se basa principalmente en la documentación de Estado conservada en el Archivo General de Simancas y en el Archivo Histórico Nacional, en los que sí queda constancia, de manera abundante, de la supervisión de la actividad y de los movimientos de esos agentes. A lo largo de este trabajo, veremos que los datos recogidos en los diferentes fondos archivísticos consultados pocas veces aluden a la ciudad de Barcelona como etapa de interés en la trayectoria de los miembros de los servicios de inteligencia, por lo que no se puede hablar de papel central de la ciudad. Pero es obvio que, en la época que nos interesa, la ciudad catalana destaca por su protagonismo en lo relativo a defensa marítima, por lo que, en cierta manera, la vida en el puerto barcelonés se acerca a la del sistema de espionaje establecido por la Monarquía Hispánica.

Por consiguiente, la primera parte de este estudio estará dedicada a la presentación de los aspectos históricos del establecimiento del espionaje español

* Université de Montpellier III.

en Levante y, sobre todo, a la descripción de su configuración geográfica. En una segunda fase, analizaremos los diversos desafíos a los que pudo hallarse enfrentada la ciudad de Barcelona dentro de esas redes: se tratará aquí de analizar el estatuto de ciudad-etapa dentro de una extensa red de circulación de personas y de información, pero también el de ciudad proveedora de medios materiales.

El sistema de información español fue establecido durante el reinado de Carlos V, como respuesta a la agresiva política expansionista de Solimán en la zona europea y mediterránea oriental, de la que se destacan como hitos más representativos la toma de Belgrado en 1521 y la de la isla de Rodas en 1522. Estas acometidas, a las que vino a sumarse la alianza del sultán con el soberano francés Francisco I en los años 1534-1535, el otro gran enemigo del emperador, obligaron a éste a mejorar su vigilancia, debiéndose apoyar, en una primera fase, en la fuerza diplomática. Se considera, en efecto, que quien estableció el sistema de información español contra los turcos de manera operativa fue el embajador español en Venecia don Diego Hurtado de Mendoza, en el decenio de 1540, cuando España, al contrario que la Serenísima, todavía no disponía de representación diplomática en Constantinopla. La mayor parte de las noticias procedentes de la Sublime Puerta transitaban entonces por Venecia, plataforma a partir de la cual era difundida la información por toda Europa.¹

Las primeras instrucciones dadas por Carlos V a Cataluña lo fueron en tiempos del virreinato de Francisco de Borja (1539-1543). En 1541, el emperador instaba a su virrey a que no escatimara esfuerzos materiales y humanos en el control de la información en la zona de la frontera con Francia, aconsejándole el recurso a «buenas espías». Desde el ataque del corsario Barbarroja al puerto menorquino de Mahón en 1540, la amenaza turca en la costa catalana se hizo más apremiante, por lo que, en 1541, el Consejo de Estado dirigió cartas al virrey en las que le pedía que estuviera atento a todos los movimientos de los turcos otomanos con motivo de la «guerra abierta con Barbarroja». Se le ordenaba, además, que hiciera pregonar por toda la ciudad que quedaba prohibido cualquier tipo de trato o comercio con la ciudad de Argel, para evitar que los que contrataban en ese puerto diesen avisos a los moros y turcos que allí residían.²

Al final de la década de 1540, los servicios secretos españoles habían logrado una configuración estable, resultado que se puede enmarcar en un proceso general de burocratización del aparato de Estado.³ En Europa, el paso a la modernidad conllevó un desarrollo de la circulación de hombres y de mercancías, de los servicios de correo, de las embajadas fijas y permanentes, y reforzó la importancia de los puertos. A nivel interno, la burocratización del Estado llevada a cabo por el rey Prudente, con la afirmación del papel de los Consejos, supuso un auge del despacho por escrito y, por lo tanto, de la centralización de la información escrita.

-
1. Rafael CARRASCO, «L'espionnage espagnol du Levant au XVII^e siècle d'après la correspondance des agents espagnols en poste à Venise», en Béatrice PEREZ (dir.), *Ambassadeurs, apprentis espions et maîtres comploteurs. Les systèmes de renseignement en Espagne à l'Époque moderne*, Paris, Presses Universitaires de Paris-Sorbonne, 2010, pág. 203-222.
 2. *AHN* (Archivo Histórico Nacional), Sección Nobleza, Osuna, carp. 13, 26; citado por Enrique GARCIA HERNAN, «Espionaje en la batalla de Lepanto», *Historia 16*, XXVII-332 (2003), pág. 40.
 3. Lucien BELY, «Espions et ambassadeurs à l'Époque moderne», en PEREZ, *Ambassadeurs...*, pág. 21-30.

Los secretarios de Estado radicados en Madrid, a cuyo cargo corrían la recolección de las instrucciones reales y de los avisos procedentes de los diferentes virreinos y embajadas, la gestión de las arcas secretas y la supervisión de las operaciones de criptografías, llegaron a convertirse en los auténticos patronos del espionaje español.⁴

Así, el rey se halló a la cabeza de un sistema estructurado en el que la información quedaba centralizada en manos de los secretarios de Estado, y la responsabilidad territorial era encargada a los delegados reales: virreyes o embajadores. La supervisión de las operaciones de espionaje en el terreno solía recaer en manos de los gobernadores militares correspondientes, auténticos jefes de espías; como fue el caso, en la cuestión marítima, con Juan de Austria.⁵

El conjunto de la plantilla operativa de los servicios de inteligencia españoles en el Mediterráneo la constituía una masa de individuos que gozaban de diversos estatus según su nivel de involucración en la red. Los agentes permanentes – auténticos espías, también llamados «confidentes» o «los que van y vienen»–, percibían salario fijo de la monarquía, cuyo pago solía correr a cargo de los virreyes de Nápoles, de Sicilia o de Cataluña. A su lado, intervenía una retahila de corresponsales, espías instrumentales, correos y otros informadores ocasionales, como lo fueron los catalanes Jayme Pasqual y Antic Illeu: a su llegada de la Goleta a Palermo, el 3 de agosto de 1570, estos patronos de dos naves contaron detalles que fueron recogidos por escrito y terminaron en el despacho del monarca.⁶ Se trataba de informaciones sobre movimientos de moros y renegados de Túnez a la Goleta, de Euldj Alí, y sobre las obras de fortificación que se estaban llevando a cabo con diligencia en Biserta. En el caso del espionaje contra el Turco, los cometidos del conjunto de esos colaboradores incluían la transmisión de informaciones sobre la situación política y los proyectos militares de la Sublime Puerta y, sobre todo, la recolección de cuanta información fuera posible sobre la armada enemiga. En este punto, se trataba, esencialmente, de evaluar con exactitud la fuerza numérica de la flota y de describir los proyectos de movimientos de galeras en el Mediterráneo. Las informaciones recogidas por diversos informadores venían compiladas en los famosos avisos de Levante que, junto con otras cartas, en ocasiones redactadas por los propios espías, la mayoría de las veces en versión cifrada, se enviaban a las diferentes embajadas o virreinos para luego ser expedidos a Madrid. Una memoria de las provisiones que anualmente el rey mandaba realizar a su virrey en Nápoles nos informa sobre el conjunto de estas prácticas. Según informaba Felipe II, en 1563, lo que el duque de Alcalá tenía que proveer en Constantinopla montaba a 2.500 escudos, que habían de ser repartidos entre nueve agentes permanentes. El que se llevaba la parte más sustancial era

4. En la época del reinado de Felipe II, los servicios secretos españoles estuvieron principalmente bajo el mando de los secretarios Mateo Vázquez, Antonio Pérez o Juan de Idiáquez. Véase CARRASCO, «L'espionnage...

5. Carlos Javier CARNICER GARCIA y Javier MARCOS RIVAS, *Sebastián de Arbizu, espía de Felipe II*, Madrid, Nerea, 1998.

6. AGS (Archivo General de Simancas), Estado, Sicilia, legajo 1.133, fol. 87.

Juan Agustín Gilly, que debía cobrar 600 escudos anuales, por ser «el que despacha los correos y lo maneja todo».⁷

La información circulaba por unas redes bien definidas en las que cada ciudad desempeñaba un papel determinado. La pequeña república de Ragusa, en el Adriático, donde se toleraba la actividad de espías, constituía una de las principales etapas en el eje Constantinopla-Venecia.⁸ Desde ahí, la información podía proseguir su camino hasta Viena por el eje que unía las dos ciudades, en uno de los mayores canales de circulación de la información procedente de Levante. Otra opción era que desde la Serenísima la información fuera encaminada hacia Madrid, transitando por Milán y Génova, o por Roma y Nápoles. Según hemos podido comprobar en la documentación consultada, los avisos que ya habían sido recopilados en Constantinopla solían ser enviados directamente al virrey de Nápoles, pero cuando los espías le enviaban sus propias cartas cifradas, solían hacerlo desde Corfú o Ragusa. Los avisos recibidos en Sicilia transitaban por las islas griegas de Cefalonia o Zante, a veces, pero mayoritariamente lo hacían por la vía de Corfú: en mayo de 1561, el duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, envió una fragata «para traer nuevas del Armada del Turco» a esa isla griega, a donde, el 8 de mayo, había llegado un correo que había salido de Constantinopla el 18 de abril.⁹ En las redes de circulación de la información controladas por la Monarquía Hispánica, el sur de Italia constituía, pues, la principal plataforma por la que transitaba la mayor parte de los avisos de Levante. Por lo que se refiere a la llegada de estos avisos a la península Ibérica, nuestro postulado previo apostaba por una configuración en la que Barcelona habría sido la primera etapa peninsular para esa masa documental hoy conservada en los archivos nacionales. Pero ¿cuál fue, de manera más general, el papel desempeñado por Barcelona en esas redes?

Para entender mejor el papel de la ciudad catalana, debemos remontarnos a la Baja Edad Media, periodo que estuvo marcado por la gran rivalidad que opuso a las dos ciudades portuarias de Barcelona y de Génova en una lucha por el predominio marítimo en la cuenca mediterránea occidental. Una de las mayores bazas de las que gozaba el puerto catalán estaba fundada en la pericia de sus ciudadanos en el ámbito jurídico: los barceloneses, especialistas en derecho marítimo, fueron, en efecto, los que redactaron, en la segunda mitad del siglo XIII, el *Libro del Consulado de la Mar*, compendio de las leyes y costumbres en aquel entonces imperantes en el Mediterráneo, cuya difusión en esta zona y hasta en el Océano lo convirtió en el primer código del Mar conocido.¹⁰

Por otro lado, la potencia militar de Barcelona en ese mismo periodo se reflejaba en la política expansionista que llevaron a cabo los reyes aragoneses en el Mediterráneo occidental, confirmando en Sicilia, en Malta o en Córcega su

7. AGS, Estado, Nápoles, legajo 1.052, fol. 255.

8. CARRASCO, «L'espionnage...

9. AGS, Estado, Sicilia, legajo 1.126, fol. 49.

10. Antonio DE CAPMANY Y DE MONPALAU, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Barcelona, Cámara Oficial de comercio y navegación, Barcelona, 1961 [reedición anotada], vol. I, pág. 354-364; Pierre VILAR, *Cataluña en la España moderna*, Barcelona, Crítica, 1987, pág. 217-218.

predominio militar sobre su rival italiana.¹¹ Sin embargo, más de un siglo de lucha entre Génova y Barcelona contribuyó a agotar las fuerzas navales de la segunda, que, a finales del siglo XV, mostraba ya sus primeros signos de decadencia.¹² Para Pierre Vilar, que destacó el impacto de las epidemias y las hambrunas como causas fundamentales de esa decadencia, no había que descartar tampoco la incidencia de motivos políticos y apuntaba, más particularmente, a la «indiferencia administrativa» en la que cayeron los asuntos de Cataluña con la burocracia de Felipe II, y a cierta «impotencia *interna*» del propio Principado.¹³

Ante la debilidad del poder naval catalán en el siglo XVI, los monarcas españoles tuvieron que recurrir a la ayuda de los genoveses. En la época del reinado de Felipe II, la república independiente de Génova, a cambio del amparo que recibía de su parte, proveía a la Monarquía española con una ayuda militar y financiera notable. Su fuerza radicaba en la presencia en su seno de una élite que concentraba en sus manos las funciones militar, banquera y comercial, ya que la mayoría de sus miembros ejercían también de navieros.¹⁴

Por lo tanto, a través de sus banqueros, Génova proveía a la Monarquía Hispánica con una ayuda financiera sustancial, a la vez que constituía un centro de poder político y diplomático influyente, por la estrechez del lazo que la vinculaba con su aliada. Albergaba, además, la famosa armada a la que, primero Carlos V y después su hijo Felipe II, tuvieron que recurrir, para hacer frente a la amenaza turca y a los ataques berberiscos en las costas levantinas de la península Ibérica. Así, cuando el emperador organizó en 1535 su expedición a Túnez, de la que salió victorioso, decidió pedir auxilio al almirante genovés Andrea Doria, que le facilitó diecinueve galeras suplementarias. El protagonismo de Barcelona en ese episodio estuvo más centrado en el aspecto logístico, ya que ahí se reunieron y fueron aparejadas las diversas flotas que habían de participar en el ataque.¹⁵

Los años centrales del siglo XVI estuvieron marcados por un apaciguamiento de la rivalidad hispano-turca en el Mediterráneo, por lo que la zona del Mediterráneo occidental estuvo sobre todo sometida a la agitación ocasionada por la pequeña guerra mantenida por los corsarios berberiscos. En aquellos años centrales, la actividad de las Atarazanas barcelonesas se concentró más bien en la construcción de material naval.¹⁶ En la primera década del reinado de Felipe II, éste pudo beneficiarse también de una situación de calma relativa: entre 1561 y 1564, aunque los avisos anunciaban cada invierno una salida en la primavera siguiente de la

11. Remitimos al artículo de Stéphane PEQUIGNOT, «Pouvoir royal et sociétés dans la couronne d'Aragon. Un essai de lecture historiographique (1990-2006)», *En la España Medieval* (Madrid), 30 (2007), pág. 381-432, en el cual se halla una importante reseña bibliográfica sobre poder real y sociedades en la Cataluña tardomedieval.

12. VILAR, *Cataluña...*, vol. I, pág. 204-205.

13. VILAR, *Cataluña...*, vol. I, pág. 321.

14. Bastien CARPENTIER y Jean-Philippe PRIOTI, «Philippe II, Giovanni Andrea Doria et le contrôle militaire de la Méditerranée à la fin du XVII^e siècle», en Michel BERTRAND y Jean-Philippe PRIOTI (dir.), *Circulations maritimes. L'Espagne et son empire (XVII^e-XVIII^e siècle)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011, pág. 159-183, hablan de un grupo de «guerreros-banqueros».

15. Ferran SOLDEVILA, *Síntesis de la historia de Cataluña*, Barcelona, Destino, 1978, pág. 212-213.

16. VILAR, *Cataluña...*, vol. I, pág. 322.

armada turca, ésta no salió en ningún momento.¹⁷ El rey Prudente pudo aprovechar ese apaciguamiento para renovar su flota, tanto más cuanto que, en enero de 1561, había obtenido del Papa, y por una duración de cinco años, un nuevo subsidio de 300.000 ducados anuales. Este esfuerzo romano, que sería repetido y aumentado, permitió a España renovar su armamento naval e incluso reactivar la actividad de las Atarazanas barcelonesas. El sitio de Orán por los corsarios de Argel le obligó, sin embargo, a completar su flota, y una vez más, Felipe II encargó la construcción de las galeras destinadas a su expedición de socorro a Barcelona.¹⁸ En 1565, cuando se supo de la inminencia de un ataque turco en el Mediterráneo, que resultó efectivo en la isla de Malta, donde el sitio duró casi cuatro meses y se saldó con un fracaso de la armada otomana, la Monarquía española movilizó todas sus fuerzas navales, y ocho cuerpos de galeras salieron del puerto catalán. Esta actividad de los astilleros barceloneses se mantuvo a lo largo del reinado de Felipe II: en el mismo año de 1565, después de la victoria cristiana en Malta, se mandaron construir cuarenta galeras suplementarias, operaciones que, según Fernand Braudel, se repitieron, aunque con cierta diferencia cuantitativa, en los años 1568, 1571 y 1573.¹⁹

Incluso después de la victoria cristiana en el golfo de Lepanto, Felipe II decidió mantener su esfuerzo de armamento naval, proceso en el que siguió destacando el papel de Barcelona como proveedora de navíos. A finales de diciembre del año 1571, el capitán general de las galeras de España don Sancho Martínez de Leyva, escribía a don Juan de Austria para informarle de la decisión real de armar nueve galeras de las que estaban en Barcelona, de tal forma que la flota española contara con veinte galeras en total.²⁰ El rey podía delegar cierta responsabilidad en la toma de decisiones relativas a construcción naval; cuando esto ocurría, ese poder solía recaer en la persona de Juan Andrea Doria. Desde su puerto de Génova, el rico armador gozaba del privilegio de poder determinar el tipo de barco que se había de construir en Barcelona y nombrar al supervisor de las obras.²¹

Pierre Vilar señala la «plena actividad» en la que se hallaba el arsenal barcelonés en 1585, cuando el rey vino a visitarlo, por lo que se puede afirmar que durante el siglo XVI, Barcelona mantuvo una actividad bastante regular en construcción y armamento naval, lo que ya de por sí le confería una situación de interés en el conjunto de las operaciones de defensa marítima en el Mediterráneo.²²

Otro aspecto que pudiera haber reforzado el papel estratégico de Barcelona en este sistema era el relativo a las reuniones de flotas de guerra, episodios particularmente críticos que ocasionaban cierta efervescencia en los puertos en los que se realizaban, particularmente entre esos grupos de mercaderes e informadores de los que solían formar parte los espías. Sin embargo, la ciudad

17. Fernand BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris, Armand Colin, 1966, vol. II, pág. 311-320.

18. VILAR, *Cataluña...*, vol. I, pág. 322.

19. BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 325, 349 y 417-419.

20. BNE (Biblioteca Nacional de España), Manuscritos, 783 (VIII, 3), fol. 176r-179v.

21. CARPENTIER y PRIOTI, «Philippe II...», pág. 175.

22. VILAR, *Cataluña...*, vol. I, pág. 322.

catalana, al carecer de fondeadero debidamente organizado hasta finales del siglo XVI,²³ y a pesar de una actividad satisfactoria, sufría la competencia de otros puertos vecinos en los aspectos más estratégicos, como podía serlo la reunión de flotas aliadas. Unos días antes del sitio de Orán por los corsarios argelinos, Felipe II, que había sido informado de la inminencia del ataque por sus servicios de espionaje, despachó un correo a su embajador en Génova para informarle de la necesidad urgente de enviarle la casi totalidad de las flotas italianas.²⁴ El puerto elegido y señalado en el informe para la primera reunión de las galeras en la península no era el de Barcelona, sino el de Rosas, que ofrecía un refugio más seguro. Sin embargo, en una carta redactada el 25 de abril, el virrey de Nápoles aconsejaba al embajador genovés que las veintidós galeras de Juan Andrea Doria y las cuatro galeras españolas que debían salir para España, viajasen por la ruta de Cerdeña, Menorca e Ibiza hasta Cartagena, donde se esperarían las órdenes de Su Majestad, sin pasar por el puerto de Rosas. El 15 de mayo, el rey recibía unos avisos de Constantinopla que le informaban de que el hijo de Barbarroja había escrito al Gran Turco por la vía de Modón pidiéndole cuarenta galeras para la empresa de Orán.²⁵ Dos días después, Felipe II recibía la carta de Juan Andrea Doria en la que éste le anunciaba su próxima llegada a Cartagena, confirmando la elección del itinerario sugerido por el virrey de Nápoles; a la que el rey le contestaba anunciando que se fabricaría bizcocho para el abastecimiento de las galeras en el mismo puerto, pero también en Barcelona y en Málaga.²⁶

El 15 de enero de 1568, Felipe II despachó el título oficial por el cual nombraba a Juan de Austria como su capitán general del mar Mediterráneo y Adriático, otorgándole el mando de las galeras ya armadas, de las que se armasen adelante y de las sesenta que se estaban armando por el subsidio eclesiástico, y de cualesquier demás navíos de alto borde, fustas, galeotas y bergantines que mandase hacer en adelante.²⁷ En las instrucciones que seguían al título oficial el monarca le encargaba que mantuviera en tierra de infieles las inteligencias necesarias y consultara con él en primera instancia antes de emprender cualquier acción militar; le otorgaba, además, la responsabilidad de toda la correspondencia con la Santa Sede y la Orden de San Juan, y le recomendaba que mantuviera particular correspondencia e inteligencia con sus virreyes, capitanes generales y otros ministros de la tierra, quienes, por su parte, quedaban obligados a proveer al capitán general con la debida infantería en caso de necesidad.²⁸

Este nombramiento marcaría el principio de una nueva fase en la evolución de los servicios de información españoles, en los que Juan de Austria pasó a desarrollar y controlar su propia red de espionaje. Ahora bien, el capitán general había elegido como residencia para él y para su flota el puerto de Mesina, desde

23. Como subrayó Antonio DE CAPMANY, *Memorias históricas...*, vol. I, pág. 590, al fondeadero barcelonés se le dio sencillamente el nombre de playa hasta finales del siglo XVI.

24. El sitio de Orán duró del 3 de abril de 1563 al 8 de junio del mismo año (BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 305).

25. AGS, Estado, Nápoles, legajo 1.052, fol. 195.

26. BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 305.

27. BNE, Manuscritos, 783 (II, 1), fol. 19-22.

28. BNE, Manuscritos, 783 (II, 1), fol. 23-38.

donde partía su correspondencia, haciendo del puerto siciliano una nueva base estratégica en el panorama mediterráneo, lo que los preparativos para la gran batalla de 1571 confirmaron en lo sucesivo.

Por consiguiente, Barcelona no ocupaba el lugar principal en materia de reunión de flotas aliadas, por razones obvias relacionadas a su situación geográfica, en comparación con Mesina, que sí ocupaba un lugar central. Pero, en esos momentos de movilización militar, solía destacar su papel a nivel peninsular, como lo ilustran los hechos siguientes: Juan Andrea Doria se hallaba en Barcelona cuando se enteró de la noticia de la firma de la Santa Liga, y de ahí se dirigió de inmediato hacia Génova con una única galera, para prepararse a acoger a Juan de Austria en su puerto;²⁹ el 16 de mayo, este último también se hallaba en el puerto catalán, donde organizaba el encuentro entre las galeras del marqués de Santa Cruz, de Álvaro de Bazán y de Gil de Andrade.

En materia de provisión de flotas armadas en víveres, Barcelona ocupaba un lugar destacable en el espacio peninsular. En el ámbito de toda la cuenca mediterránea occidental, el protagonismo lo tenía la isla de Sicilia, auténtica reserva de trigo de la zona, por delante de Cerdeña. Pero en las costas mediterráneas de la península Ibérica, Barcelona era uno de los principales lugares de avituallamiento de los barcos. En 1571, se demoró bastante la salida de la flota española para su encuentro con las flotas pontificias, previsto en Otranto, a causa de las malas cosechas registradas en 1570, que atrasaron el abastecimiento de las flotas en Barcelona y en los puertos andaluces.³⁰

En 1596, Felipe II movilizó una vez más su armada para enviarla a Nápoles, donde debía reunirse con otras flotas aliadas, y luego mantenerse en Mesina, para proteger el acceso a las costas del Mediterráneo occidental. En la fase de avituallamiento, la mayor parte del abastecimiento de bizcocho de la flota aliada se realizó en Sicilia, y además, Juan Andrea Doria hizo proveer sus barcos en los puertos de Valencia y de Barcelona.³¹

Por lo que se refiere a la circulación de la información, cabe señalar que los datos enviados por los agentes españoles en ejercicio en el Mediterráneo podían serlo por las redes marítimas militares y comerciales, o también los podían llevar los correos que usaban las rutas postales tradicionales. Fue durante el reinado de Carlos V cuando se organizaron las grandes líneas postales internacionales en los territorios del Imperio, siendo uno de los mayores ejes el que unía Augsburgo con Madrid, pasando por Lyon.³² Ese servicio, con carácter de monopolio, fue establecido por Francisco Tassis, general maestro de postas en la corte de Maximiliano, y luego de Felipe el Hermoso, y al que se le puede considerar como el fundador del correo moderno en España. A lo largo de todo el siglo XVI, el control del sistema fue ejercido por los miembros de la familia Tassis, al servicio del rey de España. En los años ochenta del mismo siglo fue cuando se

29. BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 391.

30. BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 390.

31. Ver nota 14, especialmente pág. 175.

32. Julia BENAVENT, «Correspondencia entre la familia Tassis y Antoine Perrenot de Granvelle», en PEREZ, *Ambassadeurs...*, pág. 77-85.

establecieron las primeras estafetas, las primeras oficinas de correo, en los grandes ejes peninsulares como Valencia-Barcelona-Zaragoza. Así, Barcelona se situaba en una de las mayores rutas imperiales del correo, a la vez que constituía en ese eje el primer contacto de España con el mundo mediterráneo y el resto de Europa.³³ Subrayaremos aquí el mayor inconveniente al que se veían enfrentados los correos en su paso por Cataluña: el importante bandolerismo existente en la zona: resultaba casi imposible viajar por correo entre Barcelona y Zaragoza sin sufrir algún atraco.

Otro inconveniente era la lentitud de la vía postal mediterránea que pasaba por Barcelona, aspecto que, en cierta manera, llegó a influir en la toma de decisiones de orden militar. Se sabe, en efecto, que la mayor parte del correo procedente de Constantinopla, en su parte final, recorría el eje que unía las dos ciudades portuarias de Génova y Barcelona. Ahora bien, se ha calculado que, al final del siglo XVI, el correo tardaba unos veinte días en recorrer el eje Madrid-Génova, donde se encontraba Juan Andrea Doria, quien, a partir de 1583, ejerció el cargo de capitán general de la mar. Por lo tanto, podía darse la casualidad de que este último se viera obligado a emprender acciones antes mismo de haber recibido las órdenes de Su Majestad, por lo que decisiones como las de renovar asientos de galeras, conceder préstamos o iniciar programas de construcción naval en Génova, Nápoles, Sicilia o Barcelona, llegaron a tomarse en Génova, y no en Madrid.³⁴

Por lo que se refiere a la supervisión de la actividad de los espías y, como subrayábamos al principio de este trabajo, la responsabilidad en el terreno, recaía esencialmente en manos de los virreyes. Al principio del reinado de Felipe II, la ciudad de Nápoles fue la que se convirtió en auténtico centro de control del espionaje español. Si nos acercamos al tema de la circulación de personas, podemos considerar que, de manera general, la ciudad de Barcelona era el primer sitio donde los espías pisaban tierra firme a su vuelta a la península Ibérica, fuera de manera voluntaria o no. Tenemos un ejemplo ilustrativo de este tipo de situación, en el que la vuelta del agente obedecía a motivos penales: el 20 de mayo de 1569, Felipe II redactó en Aranjuez una carta dirigida al virrey de Nápoles en la que acusaba recibo de las noticias que éste le había enviado acerca del espía Nicolo Prototico, sospechoso de haber llevado a cabo algunas falsificaciones documentales.³⁵ El monarca recordaba en sus líneas que el virrey había detenido al espía y lo había entregado al comendador de Castilla para que lo trajera a Barcelona en sus galeras y lo entregara, a su vez, al duque de Francavilla. El rey añadía que resultaría de mucho inconveniente traerlo luego hasta Madrid pasando por Aragón, por lo que mandaba que de Barcelona fuera llevado a Cartagena y luego a la corte, para ser juzgado. Las cartas siguientes confirman que el reo, conforme a la orden real, efectivamente fue traído a bordo de la galera patrona del comendador de Castilla al puerto de Cartagena, donde fue entregado al corregidor.

33. BRAUDEL, *La Méditerranée...*, vol. II, pág. 84.

34. CARPENTIER y PRIOTI, «Philippe II...», pág. 159-183.

35. AGS, Estado, Nápoles, legajo 1.057, fol. 124.

Los ejemplos de este tipo confirman la idea de que, dentro de las redes de inteligencia de la Monarquía Hispánica, Barcelona era considerada como una puerta de entrada y de salida a la Península. Sin embargo, este trabajo, en el que se han esbozado unas primeras pistas de reflexión, basadas en la documentación centralizada por el incipiente Estado moderno español, no permite atribuirle al puerto catalán un papel de centro relevante de poder político, siempre en ese mismo marco del espionaje en el Mediterráneo. Si ampliamos nuestras observaciones al conjunto de las operaciones de defensa militar, resulta que sí se mantuvo en el siglo XVI un protagonismo relevante de Barcelona en materia de armamento naval, principalmente, y de avituallamiento de barcos, de manera mucho más secundaria. El siglo siguiente no pudo brindarle a la ciudad nuevas oportunidades de desarrollar una situación de centro estratégico de interés, por el cambio de perspectiva general al que se vio entonces sometida toda Europa. Con la firma de los Tratados de Westfalia en 1648 quedó confirmado el final de la hegemonía política española, y la primacía cultural, científica y política se transfirió a países del norte de Europa, como Holanda, Inglaterra o Francia, perdiendo el Mediterráneo su papel central.³⁶

Ahora bien, sorprende ver cómo, a pesar, por una parte, de la competencia ejercida por los puertos del levante español y los puertos italianos, y, por otra, de las insuficiencias de su puerto, Barcelona consiguió mantener el protagonismo ya señalado a lo largo del siglo XVI en las actividades relativas a la defensa marítima de la monarquía. La explicación nos la brindó Antonio de Capmany:

Bien podríamos decir que, así como a otras ciudades su puerto las ha hecho famosas, Barcelona, al contrario, ha dado siempre su fama al puerto.³⁷

36. Joseph PEREZ, «El Mediterráneo en la Historia», *Revista d'Història Medieval* (València), 6 (1995), pág. 18-31.

37. CAPMANY, *Memorias históricas...*, pág. 592.